

ARTÍCULO

POR MI FÚTBOL HABLARÁN LOS PUMAS

Lic. Germán Martínez Aceves

Coordinador de Difusión de la Editorial de la Universidad Veracruzana

gemartinez@uv.mx

POR MI FÚTBOL HABLARÁN LOS PUMAS

EL PUMA NACE Y SE HACE

En la familia, en cuestiones deportivas, siempre se hablaba de béisbol, pues mi padre era un aficionado de hueso colorado y había formado su novena con compañeros de trabajo, con los que jugaba cada domingo. Los sábados eran para seguir las hazañas por televisión, de los guerreros del cuadrilátero, desde la Arena Coliseo, y los domingos para estar pendientes de las faenas realizadas en la Plaza México. Pero de fútbol, nada, no era tema digno de llevarse a la mesa ni pasatiempo predilecto para *cascalear* con los *cuates*. Y, sin embargo, ahí estaba, formaba parte de la cultura popular deportiva, como la lucha libre.

Vivíamos en un edificio del centro de la Ciudad de México y debajo de nuestro departamento, al pie de la calle, estaba una peluquería tradicional atendida por un novillero frustrado, El *Compadre*, que quedó a muchas tardes de tomar la alternativa y mejor se dedicó a cortar el pelo en lugar de orejas. Como toda buena peluquería respetable; con su "caramelo" azul, blanco y rojo dando vueltas para anunciarse, tenía dominó, periódicos, revistas y una clientela que hablaba de política, deportes y mujeres.

Mi acercamiento al fútbol fue por medio de las aventuras del *Pirata Fuente*, que en color sepia mezclaba el balón con historias varias, y a través de las memorables batallas épicas de la selección *Ixtac* contra Resto del Mundo, que se plasmaban en el *Chanoc*.

En *La Afición*, con sus hojas verdes, además de abundar sobre béisbol, se informaba de otro deporte, que era casi vetado en mi casa: el fútbol. Así me enteré de la existencia del *Atlante*, del *Necaxa*, de las gloriosas chivas del Guadalajara, de la pedantería del América y de los *Pumas* de la UNAM, en particular, de Enrique Borja.

Borja, el ídolo idóneo, carismático, anotador de los goles más inverosímiles, portador orgulloso de los colores azul y oro. Borja, el disciplinado. Borja, el *Cyrano* del fútbol (así bautizado por Ángel Fernández con su ingenio característico, que nos obligaba a los que estábamos en formación a acercarnos a la literatura para encontrar el significado del apodo). Borja, el hombre gol apoyado por el *Gansito* Padilla, Mario Velarde o Héctor Sanabria.

Los *Pumas* de la Universidad Nacional Autónoma de México desde siempre fueron sinónimo de juventud; la UNAM, la meta que nos pusieron nuestros padres para hacer una carrera que nos posibilitara una mejor vida y que nos permitiera aportar nuestros conocimientos al desarrollo del país. Así de simple, así de complejo para adquirir un compromiso con la cátedra y los símbolos más arraigados de nuestro ser humano: familia, amigos, país y Universidad.

Las noticias sobre los goles de Enrique Borja, junto con los triunfos y las derrotas de los *Pumas*, se mezclaban con el movimiento estudiantil de 1968. Los universitarios estaban en la calle sembrando las nuevas semillas de nuestra actual democracia y los *Pumas* en la cancha eran también símbolo de esa rebeldía a la autoridad que le negaba voz a la juventud.

FÚTBOL VS BÉISBOL

No había más: cuando menos en mi conciencia se empezaban a tatuar los colores azul y oro y la necesaria adopción, a futuro, de la máxima casa de estudios como *Alma Mater*.

Sin entender desde la visión infantil lo que había sucedido la trágica noche del 2 de octubre de 1968, pero sintiendo ese pesar de tristeza, de derrota infinita, vimos como nuestro estadio, el bautizado para ese momento como Olímpico 68, se cubría de gloria con las hazañas de los dioses del Olimpo. La UNAM estaba de luto por el asesinato de sus estudiantes y era solidaria con sus acérrimos rivales del Poli, pero a la vez era escenario de la fiesta olímpica. A los pocos meses, de nuevo los *Pumas* regresarían a la cancha y Enrique Borja a hacer goles para alimentar las fantasías de sus aficionados.

Para ese momento, no sólo seguía a los *Pumas* a través del periódico, sino también por medio de la radio y, ocasionalmente, por la televisión. Pero mi ilusión era ir al estadio para ver al mito, Enrique Borja, y la leyenda que se empezaba a forjar con el equipo de fútbol. Sin embargo, mi padre, fiel seguidor del béisbol y, en ese momento, imposible claudicante para rendirle pleitesía al deporte de las patadas, se negaba a concederme la ilusión. Me encantaba el béisbol, lo jugaba. Disfrutaba mucho ir al Parque Deportivo del Seguro Social y apoyar a los *Diablos Rojos del México*, pero en la escuela, en las *cascaritas* del recreo, me imaginaba que era Enrique Borja, cuando estaba en el ataque, o Paco Castrejón, cuando me tocaba la portería, y en la imaginaria, sentía que mi uniforme se teñía con los colores azul y oro.

Una tarde bajé a la peluquería, de El *Compadre*, para tomar otro curso intensivo del arte del toreo, ver los cuentos tradicionales y hojear los periódicos deportivos. Ahí me enteré de una noticia: Enrique Borja había sido vendido al América, al rival odiado, a los pedantes "millonetas". No lo podía creer, jamás en mis historias infantiles había cabido esa posibilidad. Me imaginaba a Borja como héroe de la Selección Nacional, era la única camiseta, además de la azul y oro, que concebía que pudiera portar, o tal vez la de algún equipo extranjero. Pero ¡la amarilla! ¡Jamás! Fue un golpe anímico que tuve que resistir en la soledad. Mi padre diría: "Así son los hombrecitos de pantalón corto, se venden fácilmente", así es que no comenté nada y tuve que soportar ver a mi ídolo uniformado con los colores del máximo enemigo.

Por supuesto que hay intereses económicos, otras metas de los profesionales del balompié, pero cómo puede uno explicárselo desde la idolatría infantil: era simplemente inconcebible. Traición, fue lo que sentí en esos momentos, e hizo que mis predilecciones futbolística cerraran filas para apoyar, con más ganas, a los *Pumas*.

LOS PUMAS DE LICENCIATURA

Si bien no había campeonatos para la gloria y el honor de la UNAM, sí se estaban forjando grandes nombres para el fútbol mexicano, como Miguel Mejía Barón, Arturo *Gonini* Vázquez Ayala, Mario Velarde, Antonio de la Torre, Bora Milutinovic, José Luis *Pareja* López, Leonardo Cuéllar o Cabinho.

Llegaría la segunda mitad de la década de los 70 y podríamos decir que los universitarios estaban acabando su larga licenciatura en el fútbol para llegar a la maestría. Para empezar, el equipo dejó su dependencia financiera de la UNAM y se formó el *Club Universidad Nacional AC*, a la vez que Manuel *Pajarito* Andrade, egresado de la Escuela de Artes Plásticas, diseñó el mejor escudo que hay en el fútbol mexicano y, tal vez mundial, el emblemático PUMA; con la "U" universitaria formando el rostro del felino en medio de un triángulo con puntas redondeadas. Por cierto, al *Pajarito* se le debe un homenaje por haber hecho tan monumental símbolo. Además, el arquitecto Pedro Ramírez Vázquez propuso que el uniforme luciera con el *Puma gigantesco* en el pecho y con grandes números en la espalda.

Eso era el equipo, un gigante que empezó a revolucionar al fútbol nacional con la dinámica y la fiereza de los nuevos integrantes, como Muñante, Sandro Coelho o Cándido, que se sumaron al cuadro básico para obtener el Campeón de Campeones en 1975 y el primer título de campeones en el torneo 1976-1977. Por fin supimos lo que se siente ser campeones cuando nuestros guerreros de la cancha, bajo la dirección de Arpad Fekete, vencieron a los ahora extintos *Leones Negros* de la Universidad de Guadalajara.

Ese equipo, al cual se sumaría después Hugo Sánchez, fue al que conocí. Me gustaba ir a Ciudad Universitaria para sentir la majestuosidad de la UNAM y su ambiente académico y estudiantil que fraguaba, como siempre, los cambios esenciales del país, pero no había entrado nunca al estadio.

Después de hacer un pequeño ahorro, decidí ir un sábado a las 5:00 de la tarde a ver un *Pumas-Tigres de la Universidad Autónoma de Nuevo León*. La sensación al asistir por primera vez fue única. Uno nunca acaba de maravillarse por esa construcción que, más que un estadio, es un monumento al deporte. Ver desde la Avenida de los Insurgentes los bajorrelieves hechos por Diego Rivera, acercarse a ellos y gozar de la arquitectura en forma de alones de sombrero charro, más el pebetero olímpico que se encuentra permanente en la cúspide del lado oriente, es una vivencia imborrable.

Estar en el estadio es hacer la comunión con los *Pumas*, con la comunidad universitaria, con la hermandad *Puma*, es ser de la Universidad y para la Universidad. Ver saltar a la cancha a los artistas del fútbol, escuchar las estremecedoras ¡GOOOYYASS! y observar cómo tratan de bien el balón, cómo se plantan en la cancha, cómo desbordan y tejen las jugadas para dominar al rival y anotar los goles en la meta contraria, es una emoción que pone la piel chinita y alienta el espíritu y el orgullo de ser *Puma*.

LOS PUMAS DE POSGRADO

Hacer el recuento de las hazañas *Pumas* es regodearnos en nuestro gusto por los campeonatos obtenidos frente al *Cruz Azul*, que sirvió de despedida a Hugo Sánchez para, posteriormente, irse a Europa al *Atlético de Madrid* y al *Real Madrid*; frente al odiado rival, el *América*, y esos goles imborrables, uno de Luis García, en el *Azteca*, y otro del *Tuca Ferreti*, en nuestro estadio, ese cañonazo letal con la fuerza del corazón de toda la hermandad *Puma* para aniquilar al innombrable. Ni qué decir de aquellas batallas férreas contra las *Chivas* del *Guadalajara* y ese gran impulso colectivo que anidó los cinco penales en la meta de *Oswaldo Sánchez* y desvió el disparo de *Rafael Medina*.

Entre el equipo de fútbol y sus fieles aficionados hay vasos comunicantes. Sufrimos cuando el conjunto anda mal, sentimos como losa en el espíritu cuando el esquema no funciona. Damos la cara y nos enoja que han pasado ya casi diez años desde que *Televisa* se hizo cargo de las transmisiones. Los que no vivimos en el DF, y seguimos religiosamente todos los partidos televisados de los *Pumas*, preferimos ver los encuentros sin volumen para no soportar la insultante voz (a la comunidad universitaria) de *Enrique Bermúdez* o los análisis nacidos de la obviedad por parte de *Orvañanos* o *Alarcón*. En televisión, nuestro espacio natural está con *José Ramón Fernández*. Ojalá, y eso deseamos una gran mayoría, un día pueda deshacerse ese contrato con la empresa americanista y regrese la dignidad y el conocimiento profundo a las narraciones de los partidos de los *Pumas*.

Sentimos cuando el equipo está bien, vivimos, sufrimos y gozamos a cada uno de los jugadores, nos sentimos orgullosos de la UNAM, del equipo, de la cantera, de nuestros muchachos. Aparte de títulos hay jugadores que irrigan con su sangre y talento a la historia del fútbol nacional, como *Hugo Sánchez*, el máximo futbolista mexicano hasta el momento, *Jorge Campos*, *Luis García*, *Manuel Negrete*, *Manuel Manzo*, *Claudio Suárez*, *Adolfo Ríos*, *Alberto García Aspe*, *Miguel España* y tantos y tantos jugadores hechos en CU.

EL AÑO MARAVILLOSO

2004 fue un año de ensueño, celebramos en grande el cincuentenario, que nos permitió conocer a los primeros universitarios estoicos que nos ascendieron a la Primera División; fue como encontrarse con los episodios I, II y III de la *Guerra de las Galaxias*. El bicampeonato logrado antes *Chivas* y rayados del Monterrey, el Campeón de Campeones frente al *Pachuca* y el "Santiago Bernabéu" ante los galácticos del *Real Madrid*, redondearon un festejo de oro.

Por desgracia, el sistema de competencia actual está más volcado a las ganancias económicas inmediatas y no a los proyectos de verdadero fútbol. Eso acabó por aniquilarnos en el primer semestre del 2005. Sin embargo, *Pumas* sigue haciendo historia y con letras de oro deben inscribirse también los nombres de Sergio Bernal, Joaquín Beltrán, Darío Verón, Israel Castro, Gonzalo Pineda, Jaime Lozano, Gerardo Galindo, Leandro Augusto, el *Kikín* Fonseca, Bruno Marioni, Ailton da Silva, Diego Alonso y Joaquín Botero.

Los *Pumas* son una propuesta diferente del fútbol nacional, tienen proyecto, inteligencia, disciplina, espíritu, filosofía, arte. Son dignos representantes de nuestra UNAM. Son cantera que distribuye en el país y en el extranjero a jugadores con mística y pasión. Son fútbol total.

Mi padre ahora ya no me puede acompañar para disfrutar y sufrir cada uno de los partidos de los *Pumas* pero acabó simpatizando con los colores auriazules; *El Compadre*, quien se borró del mapa junto con su peluquería, tampoco me alimenta de información con la prensa especializada que siempre tenía a la mano, sin embargo, están conmigo siempre y no nos cansaremos de hacer ese maravilloso ritual que, de algunos años a la fecha, hemos realizado antes de iniciar nuestras batallas en la cancha y con el puño en alto entonaremos nuestro himno, hervirá nuestra sangre y vibrará nuestro corazón.

¡Cómo no los voy a querer!